

MOLINOS COMO ARCANGELES



SOSPECHO que debió resultar fiesta mayor para los ojos alcanzar el vuelo de los cien molinos de viento cartageneros, antes de ser despojados de su blanco velamen, gira que te gira la rueda loca de sus ocho lienzos, como un tiovivo de gaviotas.

Conozca usted en primer lugar la entera diferenciación de los molinos de Cartagena de sus hermanos manchegos, más cristotalones siempre, más molinos de pelo en pecho. Busco y encuentro adjetivo redondo con que bautizar a los de Cartagena. ¿Digo arcaicógenos? Dicho queda. Ala de verdadero arcángel cada una de sus ocho velas. Un signo celestial los convierte, efectivamente, en San Rafaeles de piedra y cal, en custodios del hombre que un día llegó hasta la vera del molino para el rito de la molienda litúrgica de la espiga, o del caminante que va de uno en otro caserío en busca de la moza y el pan, o, simplemente, del campesino en traje de domingo, dibando en vaso de culo de a dedo, bajo la parra de cualquier ventorro, los caldos populares de la tierra.

Peca suerte, sin embargo, la de los molinos cartageneros, molinos todavía sin Hidalgo, sin lustres publicitarios ni prestigio de literaturas. Perdida enteramente su significación industrial, sus claves funcionales y utilitarias se van desmoronando, lisiados de incurias y de años. De alguno sólo resta en pie la piedra desolada, torreón de herida abierta y una nostalgia de pañuelos blancos en el aire.

Sepa usted que no así: enteros, galanes de buena catadura aún, con su velería completa girando en la gloria del azul, llega a descubrirlos Antonio Oliver. El poeta ha de escribir entonces:

*Como el verso de ocho sílabas,
el molino de ocho aspas:
las palabras son las velas,
las velas son las palabras...*

MOLINEROS Y CABAÑUELAS

Los molineros, aunque sean los molineros de Saint-Souci o Argamasilla de Alba, acaban siempre por ofrecer a usted pinta de molineros de Arcos, historieta picarona a las espaldas, aquélla que se adereza cumplidamente en cartel de ciego o pliego de alshuyas.

A los molineros del campo de Cartagena —vamos, parece ser— les importa lo que se dice un bledo de los descréditos y malparanzas de sus molinos.

—Ya ve, usted, ¡para lo que sirven!

Al hablar, a todos los molineros se les pone todavía cara de pan de campo, de hogaza redonda y morena, más bien metida en harina. Al menos no han perdido del todo su fe en la ciencia molinera, agorera y cabalística de las cabañuelas.

—Molinero, ¿qué son las cabañuelas?

—Usted mira al cielo el día primero de agosto. ¿Que entonces una nube deja caer goterón redondo como un duro? Malejo ha de resultar el mes. O al revés: ¿que el sol reluce entero? Usted se tostará, como un San Lorenzo, bajo el fuego de agosto. El día dos predice el tiempo de septiembre, que, como usted sabe, o seca las fuentes o lleva los puentes. El día tres, el de octubre... Y así sucesivamente; hasta completar la rueda de los doce meses.

Oyéndoles, se diría haber regresado, de golpe a la bonanza y placidez de la vieja vida campesina, al reencuentro de un tiempo perdido, hecho de clima, sueño, so-

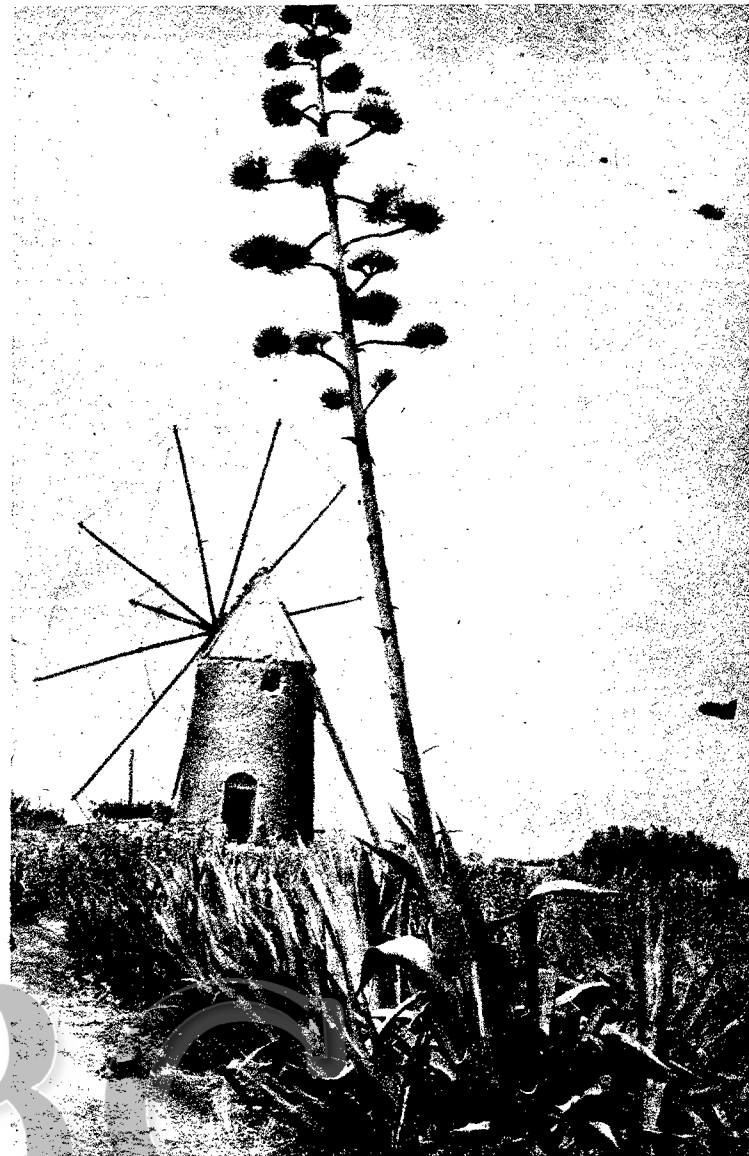
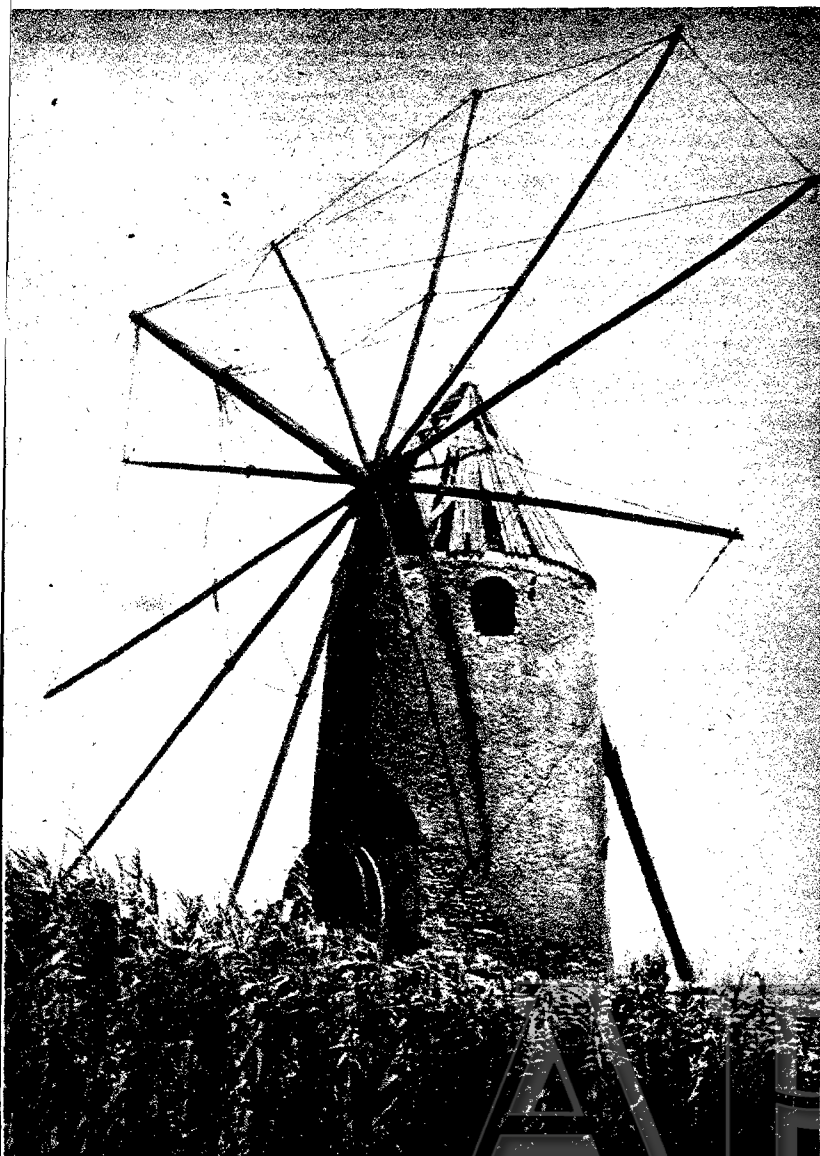
carronería y refranero. Pero no es verdad. Sobre el cielo de los molinos cruzan, varias veces al día, los aviones del cercano aeropuerto de San Javier y, ganando en altura a la palmera, la antena del televisor mete en la casa del molinero el último ritmo importado. Dentro, el frigorífico enfría el "martini" o la "cocacola", que vienen a sustituir a los olorosos, candentes y viriles caldos de la tierra. Acaba de conocer el molinero, por otra parte, que la Luna que cada noche pinta de plata su molino ha empezado a ser algo más que un tema romántico para habanera de Torreveja.

De cualquier modo, vigente sobre Armstrong, Aldrin y Collins, un viejo y aleccionador refrán sigue recordándole cada día al molinero—¿un poco también a nosotros?— que "donde no hay harina todo es mohina".

LOS VIENTOS MARINEROS

¿Quién pintó de azul el telón de fondo sobre el que los molinos cartageneros se estampan? El mar y sólo el mar. ¿No guarda, a veces, el molino de Cartagena el ademán del barco varado, la emoción de muchos días de sueños y aventuras marineras? Aseguro que su cordelería recuerda cabalmente las jarcias de un navío. Rosa de los vientos, la flor de sus antenas. Sus lonas, velas de románticas fragatas, azotadas por "lebeches" y "levantes", los dos vientos familiares de la comarca.

¿Dije mar? Mares debí decir. que no en vano el brazo fabuloso de La Manga, al separarle al Mediterráneo parte de sus aguas, inventa el Mar Menor, portento y



gala de la provincia. En sus núcleos playeros—algunos con molino a la vera misma del mar—aparecen todavía, adentrándose en las aguas, los viejos balnearios del XIX, para bañistas de Cilla o Méndez Bringa, pero ya los huertanos que llegan de Murcia con transistor y “bermudas” han cambiado la barraca levantada con zarzos y mantas de la artesanía de Alcantarilla por el “bungalow” o el “estudio”. Huelen a “Williams Lectric Shave” y beben “whisky a gogó”.

Nombré “lebeches” y “levantes”. Usted debe saber que, aparte su mandato sobre molineros y pescadores, llegan a veces a pesar dramáticamente sobre las áreas urbanas. Fray Gerónimo Hurtado “los vio” muchas veces en el siglo XVI. Justamente en 1694, la borrasca de Santa Catalina amenazó con destruir Cartagena. Frente a las costas de Cabo de Palos “levantes” o “lebeches” hacen naufragar la embarcación en que peregrina San Ginés de la Jara, sobrino de Carlomagno. El santo extiende su capa sobre el mar y hace de la misma seguro navio que le acerca milagrosamente hasta la costa, y en campo de Cartagena se queda para siempre. Veinticinco de agosto se celebra su fiesta, y muchos molineros llegan a ofrecer al santo exvoto de harina en cantidad tal a su propio peso.

LA RUTA DE LOS MOLINOS

Tome nota: la Algar, Cruce de las Cañas, la Aparecida, la Asomada, la misma Cartagena... Es la llamada “ruta de los molinos cartageneros” compuesta por el doctor García Martínez.

Siguiendo el itinerario molinero usted

tropezará con la pitera de hojón grosero y alto varal florecido, con el chuumbo de sabrosa arropía, con el pozo y la noria. Más: melones como catedrales, palmeras doncellonas, habaeres cuyo fruto se encarcela en el terciopelo de gigantesca vaina, como en el estuche de una joya; bancales de algodón, con sus copos de una nevada imposible, bajo un sol rabioso, casi de custodia procesional de Corpus... Y aún ha de rezar el refranero: “Palmito, miel y cera, de Cartagena”.

La cinta azul del asfalto une los pueblecitos molineros, los caseríos de buena vecindad; pisándola, usted alcanzará todavía al minero “cantaor” que camina hacia la “oscura galería” de La Unión, que también tuvo sus molinos, para seguir arrancándola, como en los mejores tiempos de Aníbal, parte de sus entrañas suntuosas. Ellos, los mineros de la sierra y los troveros de campo adentro, para un mejor conocimiento del pormenor molinero, llegaron a poner un día en solfa de copla las piezas del molino:

*Tiene el molino de viento
su torre, marrano y guía;
tiene rueda y puntería.
Las colañas nos las cuento.*

*Y digo a mi corazón
que todas las piezas son
para el arte necesarias,
mas formando una sumaria,
la del torno es la mejor.*

¿SALVADOS?

Verdad es que los molinos ya no podrán soñar jamás salmos de espigas, canción de

agua; verdad es que los molinos ya sólo habrán de contar como símbolo o impronta del pintoresquismo del paisaje. Razones más que sobradas, por lo visto, para que Cartagena se haya decidido a convocar a los amigos de los molinos con miras a su salvación. Se habla ya de la utilización de un molino con destino a las actividades de la Sección Femenina; como ermita para San Cristóbal, otro. Un molino, cercano al Mar Menor, ha llegado a funcionar como “boite”, y otro lo hace como teleclub. Y aún se proyectan nuevos destinos funcionales para nuevos molinos: cafeterías, museos, albergues juveniles, estaciones de servicio...

Después de tantos años de incurias y de olvidos, Cartagena va a hacer posible que sus molinos vuelvan a ser más que un atractivo motivo para endechas lloronas o, lo que es peor, para patéticos epitafios.

Certifico que será un gozo volver a contemplar los molinos recompuestos y acicalados, de nuevo arcángeles custodios del campo de Cartagena, Gabrieles anunciadores de la cercanía y hermosura del Mar Menor.

Los vientos populares de la tierra —“lebeches” y “levantes”—van a recobrar, al fin, uno de sus más bellos y venturosos destinos: fecundar el velamen de los molinos cartageneros, ahora renacidos para la belleza y la gracia de su campo, al aire otra vez el alegre girasol de su velería, de nuevo aguardando el encuentro con su Quijote particular que, a lomos de “Rocinante” o “utilitario”—¿qué más da?—, un día habrá de llegarles.

Asensio SAEZ

(Fotos: Alfonso y Albaladejo.)